

Balaguer, Víctor (1824-1901)

***La Ilustración Española y Americana* (22-III-1897)**

Excursión a Sant Miquel de las formigas

Una de las excursiones que tuve ocasión de hacer y más gratos recuerdos me ha dejado, fué á la ermita antiguamente conocida por San Miguel Solterra, cuando era propiedad de esta noble familia, y llamada hoy por el vulgo San Miguel de las hormigas (*Sant Miquel de las formigas*).

El día que nos tocó en suerte para ir á San Miguel, en sendas cabalgaduras montados, fué hermoso y claro, de aquellos en que el sol

Serena il ciel ed inamora il mondo.

La ermita es una verdadera ruina. Nadie habita en ella. La imagen del santo desapareció, lo propio que el altar; las paredes se desmoronan; el techo se hunde. Nada existe ya. Todo terminó por la mano del hombre, algo más destructora y aleve que los mismos huracanes que á menudo baten y barren la meseta en que se asienta la ruina de San Miguel.

Tiene esta ermita una singularidad: la de ser una verdadera necrópolis de hormigas. Mueren cuantas allí llegan. Se encuentran amontonadas, muertas á millares, de manera tal, que fija la atención y asombra. Parece ser el cementerio de todas las hormigas de la montaña; tantas y en tan gran número son las que allí aparecen muertas. La ciencia no da más explicación sino la de que mueren de frío ó de hambre. La tradición, naturalmente, lo atribuye á causa más peregrina.

Parece que antiguamente, cuando estaban en flor las leyendas, en fervor las creencias y en vitalidad los santos, las hormigas eran dueñas por completo de la ermita, en donde tenían nidos subterráneos, y en ellos sus graneros y despensa. Entraban y salían como mejor les parecía, y en sus constantes paseos por la ermita algunas veces les ocurrió subirse irreverentemente al altar y desde allí á la pierna desnuda del santo Angel que tenía pacíficamente en reposo su espada serpentina, con la punta baja y fija en el suelo. Aconteció cierto día que una hormiga más osada y atrevida picó al santo en su pierna, de la cual, como si fuese de carne viva, brotó una gota de sangre, y entonces el santo, cobrando vida y blandiendo por los aires su espada reluciente, abrió sus labios y con voz tonante condenó á las hormigas por aquel desacato á perecer cuantas se hallasen en la ermita y cuantas en ella entrasen por los siglos de los siglos.

Desde aquel día quedó la gota de sangre en la pierna del santo, y éste con el brazo tendido y su espada en actitud amenazadora, mientras que aparecían muertas las hormigas del santuario, muriendo también, desde aquella hora en adelante, cuantas en él se atreven á penetrar. Así fué como la ermita tomó el nombre de San Miguel *el de las hormigas*, que ya no perdió jamás.

Y tal es, lector, la leyenda del santo.

La meseta en que San Miguel se asienta tiene la elevación de mil doscientos metros sobre el nivel del mar, y situada allí, en el corazón de las Guillerías, parece ser un observatorio levantado por el

Gran Espíritu de estas soledades, para desde él abarcar sus dominios todos.

Se ve gran extensión de terreno, y se disfruta del vasto panorama que ante los ojos se despliega. Limita el horizonte por un lado la vasta cordillera de los Pirineos, desenvolviéndose en anfiteatro hasta llegar al Montseny que destaca imponente su gran magnitud, y se cierra por el otro con el mar azul, según con tanta propiedad se llama al Mediterráneo. A lo lejos se ven cruzar los buques en todas direcciones, y junto á la costa las barcas del pescador con su característica vela latina, parecidas á errantes garcelas marítimas, y no *gacelas*, como me hizo decir un día el error de un cajista, abriendo campo con ello á disquisiciones pueriles y á caricaturas inocentes de críticos y artistas que viven en los limbos de la ciencia y de las artes.

En el fondo, como una nebulosa, se ven las montañas de Mallorca. Más acá, á un extremo, las islas Medas y el golfo grandioso de Rosas. Diversos pueblos y localidades, como motas del terreno, aparecen á la vista: Gerona la esforzada; la hoy pacífica Vich, tan turbulenta y recelosa en otro tiempo, y muchos pueblos y caserios que desde la cumbre no son mayores que nidos de pájaros. El Montseny, que aquí se impone por todas partes, se adelanta para impedir que se vea la prepotente Barcelona, la *ciudad del diablo*, según es llamada en

la peregrina leyenda del Tibi Dabo; pero, en cambio, puede verse en todos los esplendores de su belleza el cristiano Montserrat asemejando un monte volcado, con sus raíces por los aires, que aparece como en un nimbo formado por el cielo y por las vecinas montañas, cada una de las cuales es una tradición y una historia.

Y todo esto en medio de una caótica confusión de objetos y de cosas, de montañas altaneras que desde lo alto asemejan montoncitos de tierra que pudiera saltar un niño, de ríos soberbios que se desarrollan como cintas, de barrancos y abismos profundos que parecen sólo livianas grietas, de abruptas sinuosidades que se dibujan como correctas y graciosas ondulaciones, todo para demostrar que las grandezas de la tierra son minucia y pequeñez en el espacio.

Y todo esto envuelto en grandes masas de árboles como no conocemos en las ciudades, como sólo se encuentran en el corazón de los montes y á orillas de los ríos: nogales, avellanos, hayas, encinas, robles, castaños, fresnos, álamos y pinos en revuelto tropel y en abigarrado montón, con sus colores, sus formas, sus matices, sus tintas y sus negruras.

Y la voz del río sube desde el valle: y el alma se desprende del cuerpo para elevarse en raptó de amor infinito: y todo aparece hermoso, y dulce, y armónico á los ojos de la mísera criatura que lo ve

desde la cumbre; y todo estalla y esplende: los montes en congerie, los valles en bellezas, los campos en colores, las selvas en sombras, los aires en perfumes, los ríos en rumores, en armonías los espacios y los horizontes en luz.

Algo desconocido y superior se apodera entonces del ánimo. Todos cuantos se agrupan en la meseta de la ermita pasan por la misma emoción, recibiendo por igual idénticas impresiones; y cada uno siente cómo el alma se postra de rodillas en su interior; y todos oran y rezan, sin darse cuenta de ello: el creyente en su contemplación mística, el poeta en su arrebatado idealismo, el filósofo con la tranquila serenidad de sus doctrinas, y con la fe de sus propias negaciones el ateo.

Las sombras envolvían el valle cuando descendimos de la cumbre, y llegamos al Hotel Martín á la hora aquella en que el viento se duerme, y en que la luna sube al horizonte para ir á sorprender en el seno de las tinieblas los misterios latitantes de la noche.